

el ejército no era más que nominal; en realidad un hacinamiento de fuerzas colectivas que aparecían y desaparecían entre las manos de jefes imperitos y desalentados, eso era el ejército. De todo carecía: de dirección, de reservas, porque las milicias nacionales ó eran un mito ó bien instrumento de granjerías políticas; de recursos, de esperanza de repararlos; de oficiales, de modo de improvisarlos; de armas, de medios de reponerlas... Lo envolvía un desprestigio inmenso; la aspiración profunda hacia la paz estaba expuesta á no poder llegar á realizarse, gracias á la anarquía en todas partes reinante y á la imposibilidad de allegar elementos de estabilidad y de orden. Una parte del país segregada; otra parte, y no la menor, en manos de los invasores; algunos de los Estados pretendiendo reasumir su soberanía, lo que en aquellos momentos era el signo precursor del desmembramiento seguro y definitivo de la Patria. Algunos patriotas, Juárez entre ellos, comprendieron la necesidad indeclinable, inaplazable de formar núcleos para restablecer el equilibrio de la Nación en un futuro próximo; y para poder secundar las miras del Gobierno de Querétaro, representante de la única esperanza de reorganización posible, no perdonaron medio alguno, ni labor por ímproba que fuese, para acercarse á este fin.

Después del tratado de Guadalupe, á punto de desaparecer Santa Anna del territorio nacional, vencidos Paredes y los elementos de discordia con que se había puesto en contacto, gracias al primer esfuerzo del ejército para volver á serlo, las cosas presentaron mejor aspecto; el general Herrera tomó en sus manos inmaculadas las riendas del Gobierno, y la Nación se puso dolorosa y lentamente en marcha; Juárez pudo entonces en Oajaca hacer una demostración práctica de sus dotes administrativas, basadas todas en un buen sentido cada vez mejor educado para escoger el consejo más acertado de entre los que sus inteligentes amigos le ofrecían y en el influjo de su voluntad tenaz que, mientras más se mostraba, revelaba más su temple. Los documentos oficiales que demuestran la acción de Juárez son incontrovertibles: refiérense á hechos que estaban al alcance de todos y que nadie ponía en duda. En esos documentos jamás el Gobernador de Oajaca pretendió disimular la verdad, ni era ni podía ser ése su interés de patriota y de político. Cuando Juárez habla de revueltas dominadas, de paz y de tranquilidad garantidas, de caminos y puentes construídos ó reconstruídos, del renacimiento de la agricultura, de esfuerzos en favor de la educación pública, dice, con toda evidencia, verdades que ni entonces ni después han encontrado un solo contradictor. Efectivamente, la paz interior y exterior, ya lo dijimos, es decir, la extinción de todos los focos de disturbio dentro del Estado y la conservación de la más perfecta armonía con el Centro fueron el capítulo primero, el más importante sin duda del programa del Gobernador. Logró su propósito, no sin obstáculos serios. Tomando directamente parte en una obra que consideró de primera importancia, apaciguó los terribles elementos de discordia que hervían en el Istmo de Tehuantepec. Tuvo para esto que reorganizar la guardia nacional, armarla con elementos que sólo del mismo Estado podía sacar y mantenerla cada vez más adicta á la soberanía local, sin dejar por eso de fomentar en ella la conciencia de que antes que todo se debía á la Patria entera. Federalista genuino, Juárez

no disimulaba su poca devoción hacia los representantes armados del poder central y en general hacia el ejército; participaba un tanto de ese espíritu profundamente hostil á la milicia permanente, que tan bien demostró y describió en algunos de sus discursos oficiales como característico de los montañeses oajaqueños. No tenía inconveniente en decir cuán favorable sería para el sostenimiento de la paz interior en los Estados y de su autonomía constitucional, la supresión de las comandancias militares, que eran el vehículo de que se valía generalmente el Ejecutivo Federal para nulificar los gobiernos locales. No obstante, jamás pasó por su imaginación el deseo de ponerse en pugna con los Supremos Poderes; antes al contrario, mensajes iban y venían de Méjico á Oajaca demostrando bien el deseo sincero del Gobernador para cooperar con todas sus fuerzas en la obra verdaderamente magna que se impusieron los gobiernos de Herrera y Arista. Cuando éste bamboleó, Juárez estuvo, como Ocampo en Michoacán, enteramente del lado del Gobierno amagado por la revuelta de pretorianos que comenzó en Jalisco y que acabó por determinar la conflagración general en que desapareció momentáneamente, para reaparecer con potencia definitiva, el partido liberal.



¶ En la política de paz interior, hay necesidad de repetirlo, entraba en los designios del Gobernador de Oajaca no enajenarse, sino hacer venir á sus miras al clero, y todo oajaqueño acaba por obrar así. Cuando fué necesario, no le escaseó las amonestaciones; pero mientras éste se manifestó decidido partidario de la paz y poco hostil al progreso general, mantuvo sus buenas relaciones con los jefes de la Iglesia y apoyó cuanto en las leyes podía servir para mantener la dignidad social de los servidores del altar. Uno de los episodios de esa política de imponerse al clero sin constituirse en enemigo suyo, que era lo único posible en Oajaca, consistió no sólo en la franca adhesión consciente del Gobierno y del pueblo oajaqueño al credo liberal, sino en puntos más concretos: en el tesón, v. g., que mostró Juárez en obligar á la población á construir cementerios, abandonando el antihigiénico hábito supersticioso que consistía en enterrar dentro de las iglesias ó al pie de sus muros.

¶ El estado económico de la fracción de la República que Juárez gobernaba, era un problema que aun no ha sido dado resolver del todo ni á sus actuales gobernantes. El carácter absolutamente montañoso del suelo oajaqueño, sus pocos valles, sus escasos y mal navegables ríos hacían gigantesca una empresa de comunicación fácil, no sólo del Estado con la República, sino de los diversos centros productores en el Estado mismo; contábase que en algunas de sus corrientes de agua se ocultaban yacimientos riquísimos de piedras preciosas; su feracidad era de las que podían producir rendimientos más pingües á la población agrícola, y de hecho, hasta muy poco tiempo antes de Juárez, la grana y el añil tenían colosal demanda en los mercados extranjeros. Pero todas estas riquezas yacían

amortizadas por la carencia de caminos, por el costo exagerado de los fletes, por la escasez de la población. Con todo esto tenía Juárez que luchar para hacer de su Estado una verdadera entidad progresiva y fecunda, consciente de sí misma, abierta al contacto de la civilización humana, y luchó incesantemente; promovió nuevos cultivos para crear elementos de riqueza agrícola que substituyeran á los ya depreciados; el tabaco, el algodón, el café comenzaron entonces, puede decirse, la historia lenta y llena de peripecias de sus progresos; se empeñó en interesar á todas las poblaciones de la zona que separa la capital de Oajaca de los límites de Puebla, en la construcción del camino de Tehuacán y logró con su influjo personal, con el prestigio que su honradez y su amor al progreso le daban, más de lo que ningún otro gobernante había podido lograr antes. La comunicación de Oajaca con un puerto del Pacífico era también de importancia vital para el Estado; era la facilidad de exportar, era el medio infalible de intensificar su vida económica; obtuvo del Gobierno Federal la habilitación de Huatulco como puerto de altura, y con incansable perseverancia trató de unir por un camino carretero el puerto con la capital. Agricultura y minería no podían moverse sin facilidades para ese movimiento mismo, y por eso la libertad interior del comercio, la supresión de las alcabalas y de las aduanas interiores, que eran ya un capítulo del desiderátum de los liberales, fué una perenne recomendación de Juárez á los legisladores. En su concepto, y tenía en eso absoluta razón, la única condición para hacer temporalmente aceptable el régimen protector de las industrias vernáculas, por medio de los aranceles altos, era la plena libertad del comercio interior. No culpemos al Gobernador de entonces y á la pléyade de hombres eminentes que le rodeó y le ayudó, si no lograron llevar á cabo lo que hasta hace muy poco pudo ser realizado para el país, á pesar de largos años de paz y prosperidad; pero en aquella época de vida precaria, de vida que no podía reducirse á la vida normal, por numerosos que fueran los triunfos de cuantos pretendían arrancar de cuajo el espíritu de revuelta, no hubo nunca margen disponible para poder verificar la transición entre los impuestos suprimidos y los sucedáneos. ¶ Pero en donde, como era natural, probó Juárez su amor profundo por su Estado natal, su fe en el porvenir de la República, su adhesión á los principios que informaban su religión política, fué en el afán que demostró siempre por la educación pública; durante su gobierno se crearon nuevas escuelas primarias, procuróse llevar la instrucción rudimentaria á todos los rincones de la sierra oajaqueña en que yacía en la ignorancia la raza misma del gran Gobernador; se establecieron escuelas normales para preparar maestros peritos en los métodos lancasterianos que, abandonados hoy, significaron en aquella época un progreso pedagógico al que se debió la educación liberal de una parte de la sociedad. Los colegios secundarios de algunas poblaciones del Estado que no eran la capital, fueron organizados con solicitud esmerada; se establecieron escuelas para mujeres, con objeto de asegurar para ellas un porvenir independiente de la miseria y el vicio, y de preparar madres educadas para los futuros oajaqueños; y, como coronamiento y remate de su obra, el engrandecimiento del Instituto, nido de su liberalismo y de su fe cívica, fué su preocupación constante. Sí, el Instituto

era su amor; cuando dejó el Gobierno, aclamado por sus amigos y colaboradores con beneplácito del Estado entero como el Gobernador modelo, Juárez se refugió en el Instituto, tomó las riendas del gobierno de aquella luminosa república de almas y allí lo sorprendió la mano apagadora de toda luz de la nueva dictadura del general Santa Anna.